

## PRÓLOGO

Apenas si han pasado cuatro años de la muerte de Juan Pablo II y su figura no ha dejado de agrandarse. Así ocurre con su magisterio que ahora podemos ver en su integridad, asombrados más por su cohesión interna y profundidad que por su enciclopédica extensión. Por eso mismo, hay que alegrarse de los estudios que se van publicando sobre su doctrina teológica que se puede centrar en los puntos más sobresalientes del mismo. Se supera así, poco a poco, la literatura anterior que, en general, se centraba como era natural en los habituales comentarios a los documentos que se iban produciendo, algunos de máxima importancia para la vida eclesial. Con ello, se pone de relieve los puntos más característicos de un pensamiento en gran medida original por el valor personal único del teólogo del que proceden. En este sentido, se da la circunstancia particular de que algunas de las aportaciones a mi parecer más valiosas del rico legado de Juan Pablo II todavía son prácticamente desconocidas dentro de la Iglesia y sus círculos teológicos.

No se puede ignorar que el magisterio del Papa Wojtyła ha tenido lugar en un momento de especial debate teológico en el que las posturas más extremas se han extendido y enseñado en el seno de la Iglesia. Tantas veces se ha querido encasillar la enseñanza de Juan Pablo II desde el contexto de tales debates y no como una *propuesta* de renovación del Concilio que fue su intento principal desde que era obispo en Cracovia <sup>1</sup>. Desde la perspectiva anterior, era fácil perder de vista la intrínseca novedad que comportaba algunas de las afirmaciones fundamentales que se ofrecían desde el magisterio pontificio, todo quedaba entonces encasillado desde el punto de vista de la postura que tomaba el Papa frente a cuestiones debatidas y no se tomaba en cuenta la perspectiva en las que se fundamentaban tales afirmaciones. Es obvio el intento de Juan Pablo II de aclarar muchos aspectos que quedaron oscu-

---

1. K. WOJTYŁA, *La renovación en sus fuentes. Sobre la aplicación del Concilio Vaticano II* (BAC, Madrid 1982).

ros en las discusiones posconciliares, como una tarea constante que tuvo su cumbre con la edición del *Catecismo de la Iglesia Católica*; pero siempre lo hizo teniendo como perspectiva real la *nueva evangelización*. Esto es así hasta el punto de que la composición del Catecismo fue decidida en el sínodo extraordinario de 1985, el que impulsó de forma decidida tal evangelización.

De todo lo dicho, se puede comprender que todavía quedan por retomar muchas de las sugerencias que el Papa sembró a lo largo de sus escritos y que piden por sí mismas, no una simple repetición, sino una profundización desde una perspectiva verdaderamente teológica. Es el modo verdadero de recibir la herencia de Juan Pablo II, el que busca descubrir los frutos que encierra y que han de enriquecer a la Iglesia entera.

En este sentido, un ejemplo a tener en cuenta ha sido el Instituto creado por el Papa y el único al que quiso ponerle su nombre y que fue erigido en la Universidad más directamente dependiente del Pontífice, la Universidad Lateranense. A esta institución le encargó uno de los temas que más apreciaba: los estudios sobre el matrimonio y la familia. En verdad, con este gesto quiso formar un grupo de investigación en uno de los aspectos en los que su enseñanza era más original y profunda. El Papa quería así que se progresase en los puntos que él mismo había dejado escritos en sus famosas *Catequesis sobre el amor humano*<sup>2</sup> y que sin duda constituyen un verdadero hito en su magisterio, por su originalidad y profundidad teológicas. Por eso, se ha podido decir que: «La Iglesia y el mundo estarán en pleno siglo XXI, o acaso más allá, antes de que la teología católica haya asimilado plenamente el contenido de esos ciento treinta discursos»<sup>3</sup>.

La tarea del Pontificio Instituto Juan Pablo II para los estudios del matrimonio y la familia a lo largo de estos casi treinta años de existencia, ha fomentado la profundización de estos contenidos y se ha preocupado de su enseñanza y difusión. Además, tras la muerte del Pontífi-

---

2. Cfr. JUAN PABLO II, *Hombre y mujer lo creó. El amor humano en el plano divino*, Ediciones Cristiandad, Madrid 2000. Para la historia del texto, ver el estudio introductorio de: M. WALDSTEIN, a la edición: JOHN PAUL II, *Man and Woman He created Them. A Theology of Body* (Pauline Books and Media, Boston 2006).

3. G. WEIGEL, *Biografía de Juan Pablo II. Testigo de esperanza* (Plaza & Janés, Barcelona 1999) 464.

ce fundador puede considerar como una misión propia el llevar a cabo el estudio de lo que es la herencia de Juan Pablo II y su transmisión a toda la Iglesia <sup>4</sup>.

Por todos estos motivos que hemos introducido, es para mí una gran alegría poder prologar este libro que tienen en sus manos, porque no solo reúne todas las características que acabo de destacar, sino que, además, lo hace de una forma especialmente elocuente y didáctica. Por eso mismo, no tengo duda que el lector podrá introducirse por medio de esta obra con paso seguro y esperanza animada en esos senderos que nos dejé abiertos el gran Papa Juan Pablo II.

La autora, la doctora Teresa Cid Vázquez nos presenta el trabajo de investigación que ha realizado en sus estudios en el Instituto Juan Pablo II. Se trata de una obra no de mero inicio, pues supone una madurez en el conocimiento y en la enseñanza, que la profesora ha ido realizando a lo largo de varios años. En la elección del objeto de su estudio, la autora ha escogido uno de los temas más apasionantes de la enseñanza de Juan Pablo II, la propuesta con la que comienza su magisterio y que se convierte posteriormente en un referente fundamental para la comprensión de muchas de sus afirmaciones principales. Se trata de la *vocación al amor* que aparece de forma programática en la primera de sus encíclicas: «El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente» <sup>5</sup>; y que podemos ver confirmada en la última encíclica de Benedicto XVI: «Todos los hombres perciben el impulso interior de amar de manera auténtica; amor y verdad nunca los abandonan completamente, porque son la vocación que Dios ha puesto en el corazón y en la mente de cada ser humano» <sup>6</sup>.

Si se había destacado anteriormente la importancia decisiva de esta categoría para la pastoral familiar <sup>7</sup>, era muy bueno pararse a conside-

---

4. En este sentido: cfr. L. MELINA-S. GRYGIEL (dir.), *Amar el amor humano. El legado de Juan Pablo II sobre el Matrimonio y la Familia* (Edicep, Valencia 2008).

5. JUAN PABLO II, Carta enc. *Redemptor hominis* 10.

6. BENEDICTO XVI, Carta enc. *Caritas in veritate* 1.

7. Cfr. R. ACOSTA PESO, *La luz que guía la vida. La vocación al amor, hilo conductor de la pastoral familiar* (Edice, Madrid 2007).

rar las implicaciones teológicas contenidas en la formulación de tal expresión para convertirla en un horizonte de sentido para la vida personal de cada cristiano. Así lo ha sabido hacer nuestra autora, introduciéndose así en lo más profundo del método teológico de Juan Pablo II que consiste en la intrínseca relación existente entre la experiencia humana y la revelación divina <sup>8</sup>, y que es del todo pertinente para el tema de investigación propuesto.

La autora ha sabido entonces centrar la cuestión de fondo mediante la emergencia del término que podía considerarse implícito en la fórmula en cuestión, esto es, en la *persona*. De este modo, se podía destacar el contenido que buscaba mediante la relación existente entre dos pares de referencia en los que la persona actúa como eje, es decir: persona-vocación y persona-amor.

Es así como la corriente personalista en la que se inscribe el magisterio de Juan Pablo II, se enmarca en una visión teológica profunda, la que el mismo Papa calificaba de «antropología adecuada» <sup>9</sup>. La autora, bien consciente de esta indicación, da un paso más en la dirección señalada por el Pontífice al ofrecer un estudio sobre el amor en el que los otros dos términos correlativos (persona-vocación) alcanzan relieves significativos. El lector podrá percibir entonces de qué modo este estudio está sostenido en todos sus pasos en una auténtica teología del amor implícita que da razón de la argumentación de fondo. La profesora Cid aquí se hace eco de los diversos estudios sobre el amor que se han desarrollado en el Instituto durante estos años y que, de algún modo, han encontrado una confirmación magnífica en la encíclica *Deus caritas est* de Benedicto XVI <sup>10</sup>.

La dinámica interna del amor está expuesta según los niveles de la interpersonalidad: presencia-encuentro-comunión, que conforman entonces el sustrato fundamental de los análisis de este libro. Hay que reconocer que tal comprensión del amor, que ha sido estudiada con pro-

8. A. RODRÍGUEZ LUÑO, «In mysterio Verbi incarnati mysterium hominis vere clarescit» (*Gaudium et spes* 22). Riflessioni metodologiche sulla grande Catechesi del mercoledì di Giovanni Paolo II, en *Anthropotes* 8 (1992) 11-25.

9. La expresión procede de: JUAN PABLO II, *Hombre y mujer lo creó*, cit., c. 23, 3.

10. Cfr. L. MELINA – C. ANDERSON (eds.), *La vía del amor. Reflexiones sobre la encíclica Deus caritas est de Benedicto XVI* (Monte Carmelo – Instituto Juan Pablo II, Burgos 2006). Un comentario realizado por los profesores del Instituto.

fundidad en el Instituto Juan Pablo II <sup>11</sup>, no se encuentra explícitamente en el Pontífice, pero aquí se puede comprobar de qué forma las afirmaciones papales alcanzan un valor más amplio en la medida en que se estructuran desde esa visión teológica del amor. Es una expresión fehaciente de cómo estudiar a Juan Pablo II no consiste en repetir sus fórmulas sino recorrer el camino que dejó indicado, para descubrir los frutos que esconde. La teoría del amor todavía es un sendero en gran medida por explorar y que ofrece brillantes perspectivas a todo aquel que se atreve a seguirlo.

La originalidad de este estudio que presentamos consiste, sobre todo, en que ha sabido articularlo de una forma muy equilibrada, en la que ha tenido en cuenta la centralidad existencial de la vocación para la vida cristiana. Sin caer en superficiales espiritualismos, ha desgranado de forma magistral el modo específico como el hombre responde a una llamada que engloba toda su vida. De aquí el capítulo primero compuesto desde la elección de un maestro que, como es lógico, en este caso es Juan Pablo II, pero que ahora se comprende como un paso decisivo para *aprender a amar*. La autora, además tiene en cuenta que «amar» es un *acto personal*, por lo que estudia cuidadosamente el modo como la persona se implica en su acto de amar, para descubrir así todas las dimensiones personales que se ponen en juego. Es aquí donde la categoría de *identidad personal* es central para poder comprender la profundidad contenida en la vocación divina.

La vocación pasa a adquirir entonces un valor personalista muy preciso como «*elección de una persona*» para construir en ella una *comunidad de amor* abierta a una comunicación en el bien que califica tal relación, una visión muy acorde con las claves sobre la vocación que aparecen en la encíclica *Caritas in veritate*. Desde esta perspectiva, los pasos de este aprendizaje se van sucediendo con una lógica interna de carácter amoroso, hasta llegar al «sí» que abre una nueva etapa en la vocación, porque la respuesta primera es el fundamento y da el sentido a todos los actos posteriores. El fin de todo el proceso, comprendido como una auténtica «*historia de amor*» es, como no podía ser de otro modo, *la santidad*, la plenitud de un amor que nace de Dios y en el que

---

11. La referencia principal es: L. MELINA – J. NORIEGA – J.J. PÉREZ-SOBA, *Caminar a la luz del amor. Fundamentos de la moral cristiana* (Palabra, Madrid 2007) 176-178.

Dios se manifiesta. El don inicial que está detrás de la percepción de la llamada, requiere un *don de sí* como el único modo de respuesta adecuado y donde la persona «se encuentra a sí misma»<sup>12</sup>.

Todo este itinerario, lo recorrerá el lector amenizado por el elegante estilo con el que está escrito el texto. No se trata de una obra erudita accesible solo para iniciados, por el contrario la autora sabe analizar con sabiduría humana y profundidad espiritual las experiencias fundamentales en las que cada hombre descubre esa luz de amor que es la que puede descubrir ese «nombre del amor» que es la vocación personal a la que Dios le llama. De este modo, es una forma de mostrar cómo en esta relación singular persona-vocación-amor se ilumina eminentemente la unión entre la fe y la vida que es un aspecto decisivo de la enseñanza de Juan Pablo II. En el amor se descubre en una concreción personal un significado universal en el que todos los hombres se unen, y que permite reconocer en la vocación una misión muy clara de mostrar a todos la llamada a amar. El amor es la luz que ilumina la vida de toda persona que viene a este mundo, queda descrito aquí en todo su valor existencial por el que el hombre descubre su identidad final, ese «nombre escondido» que sólo Dios conoce (*Ap 2, 17*).

Por todas estas aportaciones contenidas en este libro, y otras muchas que en este breve prólogo no he podido explicar, he de felicitar a la autora por el resultado obtenido en su estudio, en el que ha sabido sistematizar de una manera clara y completa una cuestión especialmente compleja. Es una línea de investigación que promete frutos futuros. En fin he de agradecer a la profesora Teresa Cid su trabajo y dedicación en esta tarea que todos hemos aprendido de Juan Pablo II, la de *enseñar a amar*.

JUAN JOSÉ PÉREZ-SOBA DIEZ DEL CORRAL

Madrid, 12 de septiembre de 2009

Festividad del Dulce Nombre de María

---

12. Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. Past. *Gaudium et spes* 24.